

## Buenos amigos

Corría el año en el que los alemanes enviaron un Papa a Roma para vengarse de los italianos por lo de Trappatoni. Bávaro contra entrenador de fútbol. A pesar de su nerviosismo, Proteo Laurenti se partió de risa al oír, por la radio del coche, cómo la «suma sotana» recordaba a sus fieles que la iglesia católica no era una sopa de verduras recalentada. Al menos la gramática italiana era correcta.

Laurenti bajó el volumen y, con el coche recién comprado de su mujer, un Fiat Punto azul, cruzó el pequeño puesto de frontera de Prebenico, al pie del castillo de Socerb; las barreras de ambos lados estaban levantadas. No se veía a ningún guarda por ninguna parte, así que, en realidad, también habría podido llevarse su coche de la policía sin tener que contarle a Laura una excusa barata para que le dejase el nuevo. Un cuarto de hora más tarde había quedado con Živa Ravno, la fiscal croata de Pula. Casi cuatro años duraba ya su aventura; a Laurenti se le echaba el tiempo encima y estaba cada vez más nervioso. Aquella mujer, quince años más joven que él, llevaba meses dándole largas y, por fin, después de haberle dicho de todo para convencerla por teléfono, le había propuesto un punto de encuentro en un pequeño valle al otro lado de la frontera eslovena, donde la piedra caliza gris del Carso se convertía en suelo fértil y crecían frondosos árboles frutales y viñas.

—En la pequeña ermita de Hrastovlje —le había dicho ella—, allí es donde quiero que quedemos.

Laurenti repitió sus palabras mientras hacía sufrir al Fiat por una calleja llena de curvas. Con lo racional que era Živa en su trabajo, desde luego no se quedaba corta en cuanto a gestos teatrales. «Esa iglesia es la Biblia del pueblo llano que no sabe leer. Tiene unos frescos del siglo XV de una belleza increíble que representan el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y una Danza de la Muerte que te llega al alma. Debería darte vergüenza no haber estado allí nunca, Proteo. ¡Después de treinta años viviendo en Trieste! Está nada más cruzar la frontera.»

—¿Y por qué allí, precisamente? —había preguntado Laurenti—. ¿Por qué no podemos quedar en algún hotel de la costa sin más, como antes?

La risa de Živa, antes de responder, sonó falsa.

—No me apetece. Hrastovlje es más adecuado para lo que tengo que decirte.

Antes de que Laurenti tuviera ocasión de preguntar qué era aquello, Živa dio por terminada la conversación con la excusa de que tenía una cita urgente.

Mientras que la franja de costa resplandecía bajo el sol, sobre las colinas del interior de Istria se habían formado pesadas nubes de tormenta. Desde lejos, Laurenti avistó ya el campanario de picudo tejado piramidal que sobresalía por encima de las gruesas murallas con las ruinas de los antiguos torreones. Aunque llegaba con diez minutos de retraso, no vio ningún otro coche en el aparcamiento que había al pie de la colina, coronada por la ermita. Laurenti cerró el Fiat y miró a su alrededor. Živa, al contrario que él, siempre había sido muy puntual. Laurenti seleccionó la red eslovena en el móvil y, de mala gana, emprendió la subida por el sendero. Se quedó desconcertado al ver que el pesado portón de hierro estaba cerrado con un candado gigantesco. Debajo de una señal que representaba una cámara de fotos tachada con una gruesa barra roja había un cartel, en dos idiomas, con el número de teléfono de la persona encargada de cuidar la iglesia. Comenzaban a caer los primeros goterones de lluvia y Laurenti decidió no esperar a Živa. Una voz femenina

al otro lado de la línea telefónica le dijo que llegaría en cinco minutos para abrirle y enseñarle la ermita. Laurenti se planteó durante un instante si no sería mejor esperarla en la *gostilna*, la taberna que había visto más abajo, pero luego se arrimó al portón para, al menos, cobijarse un poco de la tormenta bajo el arco de piedra.

¿Cuánto hacía que no se veían? Laurenti intentó recordar la fecha de su último encuentro. Había sido justo dos meses y cuatro días atrás, y ni siquiera se habían acostado. Živa estaba nerviosa y parecía tener la cabeza en otra parte, había retirado la mano todas las veces que él había intentando cogérsela. Habían quedado al mediodía en Koper, después de una cita con el fiscal jefe de Trieste a la que Živa tenía que acudir. Durante décadas, aquella pequeña ciudad vecina al otro lado de la frontera había sido el lugar clave para aquellos atentos padres de familia que también querían hacer caso a sus secretarias durante las dos horas del descanso para comer. Laurenti siempre se había preguntado cómo se las apañarían para no encontrarse allí unos con otros todo el tiempo, aunque, desde que se podía cruzar la frontera sin problemas, también se habían diversificado mucho los destinos. Así pues, no le había sido difícil reservar una habitación de hotel en Koper, pero Živa había insistido en tomar un aperitivo en el Café Loggia, bajo los antiguos soportales. Al parecer no quería nada de intimidades de pareja. Respondía con evasivas a las preguntas de Laurenti y se limitaba a hablar del caso que estaba llevando y que, según dijo, le quitaba el sueño. Se trataba de la bancarrota de la residencia de verano Skiper, en lo alto de una colina a cuyo pie estaban las salinas de Sečolnje. Años atrás, una alianza compuesta por parientes de la flor y nata de la agitadora Lega Nord, los altos cargos financieros de Carintia y la antigua Nomenclatura croata, había acometido allí, en plena reserva natural, donde también estaba prohibido edificar nada que obstruyese las magníficas vistas sobre el golfo de Pirano, la construcción de un enorme complejo de

hormigón apodado Il Paradiso di Bossi del que se rumoreaba que habría de convertirse en colonia de vacaciones de esta peculiar liga internacional de la xenofobia. Entretanto, los fiscales investigaban una bancarrota fraudulenta en la que, sobre todo, habían dado gato por liebre a los seguidores de la Lega Nord. Las investigaciones de Živa se centraban en las sospechas de sobornos para conseguir los correspondientes permisos urbanísticos, mientras que uno de sus compañeros italianos se ocupaba de rastrear la posible financiación encubierta con dinero del partido. Además, Živa había mencionado otra sospecha que tenía. Al parecer, en todo aquel asunto también estaba mezclado uno de los enemigos acérrimos de Laurenti que ahora había conseguido labrarse una buena posición en la sociedad y se movía en los círculos más altos. A pesar de que todo giraba en torno a los viejos conocidos de siempre, los que tantos quebraderos de cabeza daban al comisario, Laurenti sólo había atendido a su amante a medias.

Oyó el ruido de un motor y, al poco rato, una mujer de su edad con un imponente manojó de llaves bajaba de un destartado Renault 4 azul y le saludaba. Si Živa no llegaba, Laurenti echaría, él solo, un rápido vistazo al interior de la ermita para, finalmente, volver a Trieste enfadado y sin llamarla. Eso era lo que Živa se merecía. Laurenti no imaginaba que su visita duraría más de lo que el exterior de la ermita le había sugerido. Para lo reducidas que eran las dimensiones de aquella edificación románica, tanto más espléndidos eran los frescos. Apenas daba crédito a sus ojos. No había centímetro cuadrado que no estuviera pintado. En la Edad Media, el horror al vacío debía de ser todavía más profundo. Atentamente prestó oídos a la mujer que, sólo para él, desplegaba todo un abanico de conocimientos, llamando su atención sobre los múltiples detalles que adornaban la nave central, con su bóveda de cañón, así como las dos naves laterales: el Antiguo y el Nuevo Testamento, la historia de la Creación y la Pasión, la Expulsión del Paraíso, Caín y Abel

y dos bodegones tempranos: mesas con pan, queso y vino, una botella y una jarra.

—En aquel entonces, la gente se interesaba más por lo que no era terrenal que por la realidad —decía la señora en el momento en que sintió una corriente de aire, acompañada por el chirrido del portón. La guía dirigió la mirada hacia los delgados muros que separaban los ábsides y le mostró las imágenes de San Esteban y San Laurencio, representados como diáconos. El comisario no pudo evitar sonreír al oír su apellido y, en ese mismo instante, notó una mano mojada por la lluvia que se agarraba a la suya y, justo después, el aliento cálido de Živa en el oído.

—Lo siento —musitó ésta—, había un accidente en la autopista.

La guía hizo caso omiso de la interrupción y pasó a comentar un fresco de la nave orientada al sur.

—Un caso muy especial en la iconografía cristiana y, sin duda, el motivo por el que muchos turistas se acercan hasta aquí es la Danza de la Muerte. Fíjense bien, la idea que subyace a todo es la igualdad de todos los seres humanos ante la Muerte, la única que trata a todos con justicia y de la que nadie puede escapar. Todos están obligados a seguirla, a todos les sonríe con la misma desvergüenza mientras los conduce a la tumba recién cavada. No permite excepciones. Miren: el papa, el rey, la reina, el cardenal, el obispo, un pobre monjecillo, un rico comerciante, un mendigo decrepito, un niño. La Muerte no se deja sobornar por nadie, aunque, como ven, todos lo intentan, cada uno a su manera.

Laurenti rodeó los hombros de Živa con el brazo y la acercó a él. La guía pasó a comentar la representación de los meses del año en el techo.

—Tenías razón —susurró Laurenti—, ya era hora de que alguien me enseñara todo esto.

—Y aquí ven la inscripción en glagolítico, el alfabeto de la iglesia eslava que, gracias a Dios, se ha conservado: «Frescos terminados el 13 de julio de 1490. Maestro Juan de Kastar». Un artista de las cercanías de Rijeka. En algún mo-

mento, los frescos fueron cubiertos de cal y no se redescubrieron y limpiaron hasta siglos después, hasta 1949.

Laurenti le dio las gracias por la visita y compró unas cuantas postales que reproducían las obras de arte... tenía que enseñárselas sin falta a su mujer y traerla sin tardanza a ver aquel maravilloso lugar en persona. Para cuando salieron de la ermita, las nubes de tormenta se habían dispersado y un suave resplandor de sol bañaba el frondoso paisaje verde.

–¿Vamos a la taberna de allí abajo? –preguntó Laurenti.

Živa asintió con la cabeza y se enganchó de su brazo.

–¡Qué maravilla de ermita! Pinturas istrias del gótico tardío en un edificio que, por entonces, ya tendría otros trescientos años. La muralla no se construyó hasta la época de los asedios turcos.

–Lo que me parece especialmente trágico es el primer error de la Creación, la expulsión del Paraíso –Laurenti agarró a Živa por los hombros–. Qué dios más cruel. Ahí empezó la maldición del trabajo.

–¿Y la Danza de la Muerte, el intento de comprarle la vida a la Muerte? Me recuerda demasiado a nuestra clientela –dijo Živa.

Laurenti le abrió la puerta de la *gostilna* Švab. Era una estancia alargada y de techo bajo en la que predominaba la barra en la parte delantera, comunicada al fondo con el comedor. Entre semana, casi nadie frecuentaba el local al mediodía. A excepción de dos campesinos que estaban tomándose un vino en la barra, ellos eran los únicos clientes. La carta ofrecía los habituales y potentes platos de la cocina istria, que abarcan desde el jamón crudo de matanza casera o la espesa sopa de maíz hasta el guiso de gallina más apreciado entre los campesinos o el asado de ternera. Laurenti respiró aliviado al descubrir la trucha fresca. Todo lo demás le habría resultado demasiado pesado, pues la contención de Živa, que no quería más que verduras a la plancha y, como plato principal, ortigas al vapor, le había cerrado el estómago. Y muy en contra de su costumbre, consideraron que medio litro de malvasía de barril sería suficiente.

–Anda que no te has hecho de rogar últimamente –dijo Laurenti, apoyando la barbilla en las manos, con los codos sobre la mesa–. Te echo mucho de menos cuando te muestras tan inaccesible. Casi no hemos hablado, casi siempre soy yo el que te llama mientras que tú, en cambio, sólo lo haces para algún asunto del trabajo. A veces tengo la sensación de que ya no me quieres.

Y, como tantas veces, se sintió en desventaja cuando el camarero trajo el vino y así Živa pudo eludir una respuesta directa. Ella esperó a que volvieran a quedarse los dos solos. Sonrió a Proteo con dulzura, casi con compasión, y dio un pequeño sorbo a su vaso sin brindar antes con él.

Como Laurenti guardaba silencio, le cogió la mano y le miró a los ojos.

–La vida sigue, cariño. Cambia cada día. Vivimos en una época de aceleración imparable. Mañana, nada será igual que hoy. El trabajo se multiplica de día en día, sin aliento buscamos la tranquilidad, que ya no existe más que en nuestra imaginación, como el recuerdo del olor del heno fresco que conocemos de nuestra infancia. Nuestros clientes son innovadores y les mueve una sed de acción de la que carece el resto de la sociedad. Suenan las sirenas por todas partes, los teléfonos no callan un minuto, hasta las mesas parecen gemir bajo el peso de las montañas de expedientes que se acumulan en ellas cada día. No te puedes hacer idea de los problemas de organización que he tenido que salvar sólo para poder quedar contigo. Ya no sé ni dónde tengo la cabeza, Proteo.

De nuevo los interrumpieron, ahora les traían los cubiertos.

–Lo que se gana en tiempo se pierde en consciencia, Živa.  
–¿Quién dijo eso?

Laurenti se hizo el interesante. En efecto, no se lo había inventado él–. Un escritor francés, uno que murió hace mucho. Lo leí en un almanaque.

–Cambia eso si puedes –replicó ella.  
Proteo resopló por la nariz.

–En noviembre se cumplen cuatro años... Si es que conseguimos llegar a noviembre.

–¿Cuatro años de qué? –la voz de Živa ya no sonaba dulce, sino más bien como si los lamentos sentimentales de Proteo le atacaran los nervios.

Esta vez, la interrupción redundó en beneficio de Laurenti. Oyeron el tintineo de una campanilla desde la cocina y, al instante, los pasos del tabernero. Para Živa, al final había traído las ortigas junto con las otras verduras; delante de Laurenti humeaban ahora un plato de patatas hervidas y una bandeja con una trucha a la que le habían doblado la aleta de cola hacia arriba.

–Cuatro años –Živa golpeteó la cola tiesa de la trucha con el cuchillo–. Cuatro años de disimulo, aunque todo el mundo a nuestro alrededor se hubiera dado cuenta hace mucho. Ni una sola excursión de domingo juntos, ni un viaje juntos, ni siquiera un desayuno juntos, nada de vacaciones y nada de rutina cotidiana, nada de peleas y nada de reconciliaciones.

Laurenti la miró asustado. En efecto, aquélla era la primera vez que iban juntos a ver una iglesia desde que se conocían. Pero ¿por qué se quejaba ella ahora?

–Así lo convinimos. ¿Y qué es eso de que todo el mundo está enterado? –dijo mientras fileteaba el pescado en el plato, de mal humor y sin concentración.

–Ha sido una... ¿cómo lo diría...? una fructífera colaboración. Eso es lo que ha habido entre nosotros hasta ahora, nada más. Y no es suficiente, en mi opinión.

–Que aproveche, Živa.

–No juegues al despiste, Proteo –por el momento, Živa ni siquiera había mirado sus ortigas–. Dame una única razón por la que deberíamos continuar con esta relación.

–Tú siempre has insistido en que querías libertad, Živa. Y yo nunca te he preguntado cuál es tu situación, mientras que tú, en cambio, conoces todos y cada uno de los pasos que doy.

Su voz fuerte resonó en el espacio vacío. Proteo vio que el



tabernero, en la barra, hacía un marcado gesto a los dos hombres que tenía enfrente y, con los ojos, señalaba en la dirección donde estaban sentados comiendo Živa y él.

—Pues de eso mismo se trata —Živa, que por fin había tomado el primer bocado, depositó el cubierto en el plato haciendo ruido a propósito—. Hemos pasado cuatro bonitos años juntos, o mejor dicho: dos. El tiempo en que realmente estuvimos el uno cerca del otro, en que nos reíamos y bromeábamos juntos y hacíamos el amor como nos venía en gana. La segunda mitad de nuestra relación, Proteo, ya no ha sido así. Así que he decidido ponerle fin.

Ahora fue Laurenti quien estampó sus cubiertos sobre el plato. Los tres hombres de la barra se volvieron asustados hacia ellos, hacía mucho que sus matrimonios no conocían semejantes arrebatos de ira.

—Quedemos como buenos amigos y recordemos los momentos felices que hemos pasado juntos —prosiguió Živa antes de que a él le diera tiempo a replicar—. Pero nada más. Quiero ser libre. Y contigo ya no lo soy.

—Si alguien te ha dejado toda la libertad del mundo ése he sido yo, Živa —Proteo palpó su chaqueta en busca de cigarrillos, aunque llevaba dos años sin comprar, limitándose a echar mano de los ajenos cuando estaba nervioso.

—No te pongas a fumar ahora —dijo Živa—. Si no te has comido ni la mitad del pescado.

—Los peces de mar están mucho más ricos que estas truchas de charca. Y haz el favor de mirar tú tu plato —fuera de sí, señaló con el dedo el plato de verdura, casi intacto, y al hacerlo derramó su vaso—. ¡Maldita sea! —y, torpemente, trató de empapar el vino con la servilleta—. ¿Qué es lo que quieres, Živa?

—Mi libertad, Proteo. Ya te lo he dicho.

—¿Es que has conocido a otro?

Živa sonrió.

—No. Pero alguna vez podría darse el caso. Nunca se sabe.

—¿Cómo se llama?

De nuevo vino a interrumpirles el tabernero. Había visto que ya no tocaban la comida y la retiró con gesto malhumorado y sin hacer ningún comentario. Laurenti pidió la cuenta sin preguntar a Živa si quería algo de postre. Se levantaron al mismo tiempo y salieron a la calle, pasando junto a los hombres de la barra, en cuya cara se dibujaba una sonrisa socarrona.

–Pues nada –dijo Laurenti de camino al aparcamiento. Su dolor se había convertido en rabia–. A lo mejor te lo piensas dos veces. Ya tienes mi teléfono.

Sin siquiera mirarla otra vez se subió al Fiat y arrancó con un rugido del motor. Al dar marcha atrás, se dio con tanta fuerza contra el murete que separaba el aparcamiento de la calle que saltó la pintura del parachoques.

–Conduces como los triestinos –le dijo Živa riendo mientras él ya se iba.